LA GALICIANA
por Pedro Montero

El mismo día en que yo nací, y aproximadamente a la misma hora, se ahogó un niño en el charco de la Galiciana.

Me lo dijo mi abuela un día especialmente caluroso de verano cuando yo le pregunté que quién era aquella mujer descalza que no dejaba de mirarme.

—Es Ramona, la del herrador —me explicó—. Su hijo se ahogó el día en que tu naciste.

Bien porque aquel fuera su camino, o porque lo hiciera expresamente, el caso es que, casi todas las tardes a la hora de la siesta, Ramona pasaba por delante de nuestra casa arrastrando cansinamente sus pies descalzos y acomodándose vergonzosamente sus pobres harapos.

Mí abuela la llamaba algunos días, y le daba algún trozo de pan y de embutido que ella aceptaba musitando, «gracias, ama». Pero jamás le dio dinero.

Ramona había servido de criada en casa de mis abuelos, por eso seguía llamándola ama, y doce años atrás, un cierto trece de agosto, había llegado un telegrama de mi padre anunciando que yo acababa de nacer. A los pocos minutos un muchacho sudoroso comunicó la segunda noticia: el hijo de Ramona se había ahogado mientras se bañaba en la Galiciana.

La alegría de la criada, que profesaba un gran afecto a mi madre, se vio truncada por la dolorosa comunicación enseguida confirmada por otros compañeros del ahogado. Seguramente algo se rompió en el alma de Ramona aquella tarde, porque nadie puede pasar tan de repente desde el gozo radiante a una pena tan negra. Quizá aquella súbita y brutal transición de sentimientos pudiera explicar por qué los ojos de la criada permanecieron secos sin poder verter ni una lágrima. Se sentó en un rincón con los brazos cruzados sobre el pecho y la mirada perdida en los arabescos de la alfombra, hasta que dos vecinas la levantaron en volandas y la arrastraron a su casa de adobes. Para colmo de males, el cuerpo del muchacho no pudo ser hallado.

Desde aquel día, Ramona no volvió a servir en casa de mi abuela, aunque los tiempos eran difíciles y todo escaseaba en la mayoría de los hogares.

Con la llegada del invierno al valle, la miseria, fruto de la guerra reciente, se enseñoreó de la comarca. El cierzo formaba remolinos en las callejas con la nieve caída, y las pobres gentes pasaban por delante de la casa de mis abuelos acarreando a lomos de escuálidos asnos cargas de leña, que vendían por un precio muy bajo a los más acomodados, o se encaminaban al bosque con la esperanza de cazar algún conejo con el

que saciar su hambre y la de sus hijos.
Ramona y su marido sufrieron en sus carnes una vez más el mordisco del hambre, pero el trabajo para los hombres escaseaba, y aunque en casa de mi abuela se reservó siempre un sitio para la antigua criada, ella no volvió a cruzar más la puerta del zaguán, y dejó de dirigir la palabra a los de la casa.
Mi abuela no se caracterizó nunca por ser una mujer compasiva, ni siquiera a la manera de esas personas que se apiadan de los pobres para sentirse reconfortadas en su desahogo, pero como comprendía los sentimientos de Ramona y no deseaba acrecentarlos, no le dio jamás limosna durante aquellos años, aunque la antigua sirvienta encontraba siempre, al pasar muy de mañana junto a nuestra casa, un envoltorio con sobras de comida, algún trozo de queso o de tasajo que ella recogía día a día.
Andando el tiempo, ama y criada volvieron a hablarse, pero al no aceptar Ramona volver servir en casa de mi abuela, ésta se vio forzada a contratar los servicios de una muchacha tristona y silenciosa, hija de padre desconocido, a la que la anciana hacía objeto de terribles vejaciones cuando rompía un vaso o derramaba un cazo de leche, recordándole su avergonzante origen y la mala reputación de su madre, porque para mi abuela los pecados de los padres se transmitían indefectiblemente a los hijos.
Durante aquel verano en que yo iba a cumplir los mismos años que contaba el hijo de la antigua criada cuando se ahogó en la charca, Ramona pasaba todas las tardes cerca del emparrado bajo el cual yo acostumbraba a charlar con mi abuela que no cesaba de tejer calceta.
Nunca sabía si me miraba con odio o con amor, pero cuando se aproximaba renqueando por el sendero y clavaba sus ojos en mí, yo experimentaba una sensación de embarazo y angustia sin saber si esperaba unas palabras circunstanciales de saludo, o por el contrario, no aspiraba más que a mi azarado silencio. Por eso aquella tarde, cuando se alejaba, le pregunté a mi abuela que quién era.
Desde entonces, cada vez que se aproximaba la hora en que la mujer solía hacer su aparición, yo era presa de una intranquilidad que no me abandonaba hasta que Ramona se perdía tras las últimas tapias del pueblo.
¿Dónde iba cada tarde a aquellas horas en que el sol calcinaba las peñas, y solamente bajo la densa sombra de las acacias o de los emparrados era posible soportar el bochorno?
Mi abuela fingió no haber oído mi pregunta y siguió tejiendo, hasta que mi insistencia la forzó a levantar la vista de su labor. Hizo una pausa, durante la cual imagino que trató de inventar una respuesta conveniente, pero, al cabo, sus labios se abrieron para decirme la verdad.
—A la Galiciana —repuso.
—¿A la Galiciana? —pregunté yo extrañado
—Se pasa allí las horas muertas desde hace doce años. Tanto en invierno como en verano no deja ir ni un día. La gente del pueblo dice que son locuras, pero hay que respetar los sentimientos, sobre todo los de las madres.
—¿Se baña la gente en la Galiciana?

—No —dijo levantando sus ojos y deteniendo un momento su labor—. Es muy profunda, y el agua está muy fría, estancada, la mayor parte del año.

—¿Y qué hace allí Ramona?

—No lo sé. Supongo que se acordará del pobrecillo.

—¿Cómo se llamaba? —pregunté.

Mi abuela aquella vez siguió tejiendo sin levantar la vista, y no respondió.

—¿No me oyes, abuela? —insistí yo.

—Que más te da —contestó finalmente—. Ya está muerto.

—¿Cómo se llamaba? —repetí intuyendo la respuesta a pesar de mi corta edad.

—Se llamaba como tú —repuso ella en voz baja.

Una tarde en que los rigores del verano no permitían ni siquiera permanecer bajo el emparrado, me encontraba en mí cuarto, donde había sido confinado con la estricta obligación de dormir la siesta. Me tumbé sobre la cama y saqué de un cajón los tres o cuatro libros que había a mí disposición y que releía todas las vacaciones. Elegí uno de ellos y lo abrí al azar.

Siempre me angustiaba seguir las peripecias y los infortunios del protagonista, obligado por las circunstancias y por aquel odioso judío a robar en contra de su voluntad. Por ese motivo, cada vez que tomaba aquel libro y asistía compungido al drama del pobre huérfano, terminaba indefectiblemente releyendo las páginas finales, que resultaban confortadoras en extremo tanto para mí como para el protagonista, con el cual me identificaba.

Pero aquella tarde, sin saber por qué, el infortunado héroe de la novela se me presentó bajo los ignorados rasgos del hijo de Ramona. Aunque debería decir mejor como una mezcla de mí mismo y de aquel niño cuyo rostro no había visto nunca.

Me encontraba ensimismado en la lectura, cuando me pareció que alguien había pronunciado mí nombre. Miré hacia la puerta, que continuaba cerrada, y acerqué más el libro a la pequeña ventana enrejada. La persiana sumía la habitación en una agradable penumbra, y, las paredes encaladas, el libro, y mis propias manos, aparecían surcados por líneas paralelas de sombra originadas por la interposición de la celosía entre el fresco interior y el bochorno de fuera.

De repente se abrió una pequeña brecha por donde el sol irrumpió en la habitación, al tiempo que algo rozó mis cabellos. Una voz pronunció suavemente mi nombre, y volviéndome precipitadamente, pude ver una mano que se había deslizado por la parte inferior de la ventana y trataba de acariciar mi pelo.

A contraluz, recortado contra los innumerables listones paralelos de la celosía, vi un rostro de mujer cuyos labios se abrían llamándome.

Al instante siguiente de volverme ella retiró su brazo, y por mucha prisa que me di en enrollar la persiana, no pude ver a nadie, aunque no me cabían dudas acerca de la identidad de la mujer.

Abandoné el libro para reflexionar unos instantes, y cuando mis pensamientos se fueron serenando, tomé otro volumen, y por un extraño capricho del destino, me vi sumergido en aguas muy profundas formando

parte de la tripulación de lo que la gente, en su ignorancia, había tomado por un gigantesco monstruo marino, cosa que convenía a los propósitos del melancólico capitán de aquel impensado navío subacuático.

Desde aquel día me invadió un enorme interés por a qué dedicaba Ramona las horas muertas que pasaba al borde de la Galiciana. ¿Rezaba? ¿Contemplaba las aguas en silencio? ¿Recordaba con amargura al hijo ahogado?

Hubiera dado cualquier cosa por conocer a qué se dedicaba en sus continuas visitas a la charca, y hasta se me ocurrió escabullirme un día durante la siesta para espiarla desde los matorrales de la orilla. Pero aquel agosto fue un mes de clima muy voluble, y en los días siguientes, el calor aflojó de tal modo que se me excusó de dormir la siesta y se me permitió volver al emparrado con la abuela.

Cada vez que Ramona pasaba a nuestro lado camino de su cotidiana cita con las aguas, yo escrutaba su rostro cuando me miraba, intentando adivinar cuál era la idea que anidaba fija tras su frente. Pero los momentos en que cruzaba cerca de nosotros eran tan fugaces que, cuando ya estaba a punto de intuir un esbozo de sus pensamientos, ella me volvía el rostro y se perdía tras la tapia del huerto.

No obstante, yo estaba para entonces en condiciones de saber, tras repetidas aunque huidizas miradas a sus ojos, que yo ocupaba un lugar preeminente, aunque de naturaleza todavía ignorada, en sus designios.

Cuando leía narraciones de aventuras transcurridas en la India y otros países remotos, nunca había terminado de entender por qué los nativos rendían culto a sus dioses de forma tan extraña. Los fieles de la terrible Shiva o de Visnú procuraban obtener su favor y desviar sus iras con ofrendas, buena parte de las cuales estaban constituidas por alimentos: pan, frutos, dulces, animales vivos o sacrificados. Pero considerando los obsequios que mi abuela hacía a su antigua criada, y el gran parecido, que se acentuaba día a día, entre Ramona y la efigie de una terrible divinidad pagana que yo había visto en un libro, llegué a comprender que es exclusivamente el miedo, y no el amor, lo que induce a los humanos a mostrarse generosos con aquellos a los que temen, ya se trate de dioses o de hombres: las ofrendas no son, con gran frecuencia, sino fórmulas para tratar de desviar las iras celestiales, o intentos para aplazar indefinidamente las venganzas humanas.

Pero lo que diferenciaba de manera inquietante las dos realidades que yo me entretenía en parangonar era que, mientras que las dádivas que los fieles ofrendaban a sus dioses eran secretamente devoradas por los sacerdotes, los alimentos que mi abuela donaba cada día a Ramona eran arrojados sistemáticamente por ella a los cerdos.

Cierto día en que nos encontrábamos bajo el emparrado, hizo su aparición, como solía, la antigua servidora de mi abuela. Aproximándose con los ojos bajos llegó a escasos metros de donde nos encontrábamos, y sin dejar de caminar, clavó en mí su mirada como siempre.

Entonces advertí que mi abuela se apresuraba a ofrecer a la demacrada sirviente un atado, en el interior del cual había sin duda una provisión de alimentos. Pero no fue el hecho de la donación, al que ya estaba acostumbrado, lo que me sorprendió, sino que el cotidiano regalo fue ofrendado en el momento preciso, como intentando conjurar un peligro;

de un modo similar a como se agita un señuelo delante de la fiera, que corre tras su víctima, con el objeto de distraer su atención.

Ramona aceptó el paquete, y como todas las tardes musitó: «Gracias, ama», y siguió su camino.

Con una excusa fútil me separé del lado de mi abuela y seguí a la mujer por detrás de las tapias sin que ella me viera.

Al llegar a las afueras del pueblo y pasar junto a las pocilgas, Ramona balanceó su brazo y, sin mirar siquiera lo que contenía, arrojó el paquete a los cerdos, que riñeron entre sí por devorarlo.

Todas las tardes en que me fue posible espié a Ramona sin que ella lo supiera, y todas las tardes ella alimentó a los cerdos con las dádivas ofrecidas por mi abuela.

Cerca ya de mediados de agosto, el tiempo se hizo otra vez bochornoso, y de nuevo tuve que recluirme en mi cuarto a la hora de la siesta. Desde allí contemplaba diariamente el paso de Ramona, que, al no encontrarnos bajo el emparrado, dirigía sus ojos hacia la casa buscando la ventana de mi habitación, y estoy seguro de que podía verme incluso a través de la persiana, porque permanecía allí parada, bajo un sol Inclemente, como si supiera que yo también estaba mirándola. Luego se agachaba y recogía el paquete que mi abuela había mandado depositar al borde del camino.

Amaneció el día de mi cumpleaños, pero no me sentí feliz como las otras veces. No sé si es que empezaba a comprender que mi infancia tocaba a su fin y que tendría que disponerme al ingreso en el mundo de los adultos, o acaso lo que causaba mi inquietud era algún presentimiento de lo que el destino me tenía reservado.

Aislados como estábamos de la ciudad, mis padres se las habían ingeniado para mantener ocultos, durante más de un mes, los regalos que me tenían destinados para aquel día, pero lo que más ilusión me hizo fue la magnífica tarta de cumpleaños elaborada por mi abuela. Eran tales sus dimensiones que apenas si se consumió la mitad durante la comida, y quedó dispuesto que el resto se guardara para la hora de la merienda.

Cuando mis padres subieron a buscar los regalos, la abuela cortó un generoso pedazo de pastel, y empaquetándolo cuidadosamente, ordenó a la criada que lo dejara a la sombra, junto al camino. Luego, durante la hora de la siesta, oí voces ahogadas y cuchicheos, y no pude evitar pegar el oído a la puerta con el fin de escuchar. Mi madre recriminaba a la criada por creer que ésta se había comido sin permiso una porción de tarta, siendo así que ya había recibido su parte y no se le hubiera regateado una segunda porción si la hubiera pedido. Finalmente la muchacha confesó que la abuela le había rogado que no dijera nada del fragmento con que había obsequiado a Ramona.

Mi madre llamó a la abuela y ambas hablaron largo rato, pero de aquella conversación sólo pude entender una frase pronunciada más exaltadamente: «¿No te das cuenta —decía mi madre— de que, en cierto modo, hoy es para ella un triste cumpleaños?»

Acto seguido ordenaron a la criada que saliera a recoger el paquete. Yo me acerqué a la ventana, y vi que al cabo de un rato la muchacha regresaba con las manos vacías. Seguramente Ramona había pasado mientras ellas hablaban y yo escuchaba tras la puerta su conversación.

Acuciado por la curiosidad, esperé unos minutos y, cuando comprendí

que todo el mundo estaba ya en su habitación, salí sigilosamente de la casa, y caminé detrás de las tapias hasta llegar a las pocilgas. En el suelo no había ningún resto de tarta, ni siquiera del papel de estraza con que había sido envuelta.

Ya iba a volverme, cuando se me ocurrió que aquella ocasión era la más adecuada si quería por fin enterarme de lo que hacía Ramona todas las tardes en la Galiciana.

Sin pensarlo más emprendí el camino de la charca, recorrí el medio kilómetro que la separaba del pueblo, y cuando llegué a las proximidades de la torrentera el sudor corría por todo mi cuerpo.

Me interné en la maleza buscando la sombra, y al cabo de un buen cuarto de hora divisé la Galiciana entre los matorrales. Me aproximé con precaución, y recorrí parte del perímetro de la charca intentando localizar a Ramona. Por fin la vi. Estaba mucho más cerca de mí de lo que yo había supuesto, y tenía en la mano un voluminoso paquete, seguramente el pedazo de tarta.

Como si hubiera esperado mi llegada o intuido mí presencia, comenzó a desenvolver el donativo, y al cabo de un momento la tarta apareció ante mis ojos. Pellizcó levemente con dos dedos la superficie del pastel, y se llevó a la boca una diminuta porción que masticó lentamente. Acto seguido balanceó por dos veces el brazo con el que sostenía el envoltorio, y dando un fuerte impulso, arrojó la tarta a la charca cuyas aguas la engulleron de inmediato. A continuación musitó unas palabras que la distancia me impidió comprender, y mirando en dirección hacia donde yo me encontraba, aunque obviamente la maleza me ocultaba a sus ojos, dio un gran salto y se arrojó a la Galiciana.

Petrificado por lo que había visto, permanecí unos instantes sin poder moverme. La mujer se debatía en el agua agitando los brazos con desesperación, aunque de su boca no salió una palabra. Sus ojos se desorbitaban, y su cabeza se hundía y volvía a salir a flote agitada por sacudidas de desesperación. Sus brazos redoblaron los agónicos movimientos, y yo, comprendiendo que se ahogaba sin remedio, me quité la camisa y me dispuse a arrojarme al agua para tratar de salvarla. Sólo en el último segundo, en el momento en que ya había iniciado el salto, comprendí que sus brazos no se agitaban en demanda de ayuda: era que me estaba llamando.

Nadé hacia ella velozmente, y cuando llegué adonde se encontraba, sus angustiosos movimientos cesaron, y mirándome con ojos de demente, sumergió mi cabeza en el agua sujetándola con una fuerza descomunal y extraña.

La última imagen que mis ojos contemplaron, mientras me hundía en las oscuras aguas, fue la de una mujer que nadaba reposadamente hacia la orilla de la charca.

A pesar de que lo hubiera deseado, no pude regresar a casa aquella noche, ni lo haré las siguientes, porque ahora yazgo junto a mi tocayo en el fondo de la Galiciana.